

gentes. ¿Pero de qué servían las tropas como las de Tlaxiaco y de las Mixtecas, desprovistas de armas y sin la instrucción más elemental? Era, pues, necesario armarlas, equiparlas y darles alguna instrucción con los escasos medios de que se podía disponer; pero esto exigía tiempo y trabajo.

Por fin, se vió formada la caballería en el llano, armada con mosquete y lanza, y uniformada con sus blusas coloradas, que les daban muy buen aspecto. El Comandante D. Eduardo Subikurski recibió la misión de instruirla; y diariamente se la veía maniobrar y dar cargas á la vista del enemigo. Por supuesto que la instrucción se reducía á lo muy indispensable.

Una mañana, en la que el General Rosas Landa y el que esto escribe habían ido al Fortín Morelos, invitó el Coronel D. Porfirio Díaz al primero, para que presenciase el duelo que diariamente sostenía con un oficial enemigo del punto de San Felipe.

Descendimos del Fortín de la Soledad hacia el Petatillo, hasta un punto conveniente, y allí hizo alto el Coronel Díaz llamando á su adversario.

Poco tardó este en presentarse, y estuvieron cambiando varios tiros de fusil; y aunque el reaccionario se ocultaba para cargar, el Coronel Díaz permanecía á pecho descubierto, y en aquella mañana también sus dos acompañantes.

El General no dijo nada á Díaz sobre aquel hecho, que sin embargo no creía conveniente, y mucho menos en un Jefe superior.

Otra ocasión el mismo Jefe invitó al General á que bajando del cerro, se acercaran todo lo posible á la ciudad, acaso para hacer un reconocimiento.

Ejecutaron esto de tal manera, que habiendo sido reconocidos por el enemigo, éste comenzó á hacerles fuego de granada. Los proyectiles rebotaban unas veces entre ellos y otras á sus lados, yendo á reventar á sus espaldas; mientras que permanecían serenos un poco separados uno de otro.

Toda nuestra línea asistía al espectáculo, aplaudiendo siempre que algún proyectil reventaba cerca de los actores de aquella hazaña.

Como el Gobernador Lic. D. Marcos Pérez había llegado al Marquesado, invitó al General para tener con él una entrevista. Tuvo esta lugar en el alojamiento del Sr. Pérez, y fué su objeto, que se dispusiera inmediatamente el asalto de la ciudad, porque se acercaba el tiempo de ciertas faenas del campo, y los serranos, para verificarlas, querían volver á sus hogares.

Manifestóle el General que ciertamente era una desgracia tener soldados bajo semejantes condiciones, pero que esto no era en su concepto, motivo bastante para ejecutar operaciones inconvenientes: que los trabajos de aproximación á la plaza comenzarían desde luego, porque con los auxilios que se habían recibido ya podía dejar asegurados los cerros, asunto de suma importancia, porque en ellos tenía que apoyarse nuestro ataque; pero que él no se proponía en manera alguna dar un ataque brusco, sino que avanzaría, pío á pío, afirmando y dejando asegurada su marcha, de manera que el enemigo no pudiera recobrar lo perdido: que aunque éste medio era lento, era seguro, y el único que aconsejaban el arte y la prudencia en las circunstancias en que nos hallábamos.

Al terminar la conferencia, los dos interlocutores se separaron disgustados; pero entiendo que el Señor Pérez quedó mucho más, viéndose contrariado en su propósito.

En aquella época era cosa convenida por los liberales que la guerra no era más que un juego de azar, en el cual el más audaz tenía todas las probabilidades de vencer, que el saber salía sobrando y no servía de nada.

Tres años de constantes y terribles derrotas, apenas bastaron para convencerlos de su error y hacerlos cambiar de conducta, organizando las tropas y conduciendo las operaciones con más criterio.

Nuestra caballería, que con su presencia en el valle de Etna aseguraba la tranquilidad en el Marquesado y la espalda de nuestra línea, tenía que hacer frecuentes au-

sencias, por la necesidad de ir en busca de forrajes que cada día se alejaban más y más.

Habiendo observado que en los suburbios de la ciudad había unas *milpas*, se propuso hacer allí su provisión aun cuando fuese por pocos días; pero una mañana el enemigo destacó una partida que ahuyentó á los que forrajearan, persiguiéndolos hasta cerca de nuestro campo.

Los perseguidos conducían sus tercios de forraje sobre la silla, y parecían no darse por entendidos del peligro que corrían, aun cuando el enemigo ya los alcanzaba.

En los cerros había una ansiedad profunda, esperando de un momento á otro la muerte de aquellos desgraciados, y mil gritos de angustia se lanzaban para advertirles del peligro que corrían.

Ellos seguían imperturbables, y cuando lo juzgaban oportuno, arrojaban á tierra su carga, y haciendo cara á sus perseguidores, disparaban sus mosquetes y continuaban su retirada.

Entre tanto, los que se hallaban en el campamento [c], á proporción que ensillaban sus caballos, sin esperar órdenes de nadie, acudían al socorro de sus compañeros, y bien pronto llegaron á ser superiores al enemigo, poniéndolo en precipitada fuga, hasta encerrarlo en la ciudad, en medio de los gritos de entusiasmo que lanzaban los que desde los cerros presenciaban aquella escena.

Entonces callaban los de Oaxaca, que tanto aplaudieron al principio de la refriega; pero no conformes, con su derrota, mandaron refuerzos á los suyos, que obligaron á los nuestros á batirse en retirada.

Callaron los cerros y clamaron los de la ciudad; mas como ya había montado buen número de los nuestros, se lanzaron al combate, obligando por segunda vez á los *mochos* á refugiarse en la plaza.

Nueva gritería en nuestras líneas; nuevo silencio en Oaxaca.

El enemigo, empero, no se dió por vencido, é hizo salir más fuerzas que pusieron á los *chinacos* en desordenada y violenta retirada.

Un silencio profundo y grande ansiedad reinaban en los cerros, donde se creía inminente la derrota de nuestra caballería, mientras que en el campo enemigo resonaban mil gritos de júbilo y aplausos llenos de entusiasmo. No obstante, no había concluido todo. Los últimos jinetes que quedaban en el campo fueron en auxilio de sus compañeros. Algunos rodearon á la carrera un pequeño cerro y salieron á retaguardia del enemigo, que sintiendo fuego á sus espaldas, volvió grupas y emprendió una carrera final hasta encerrarse en sus fortificaciones, de donde por aquel día no intentó ya nada sobre el valle de Etlá. Pudo notarse entonces por el profundo silencio, la tristeza que dominaba en la plaza, en tanto que la mayor alegría se manifestaba en los cerros.

Estas victorias obtenidas por la caballería irregular sobre la de línea, las atribuyo á la gran libertad de acción que tiene la primera, por formarse de voluntarios, mientras la segunda, por ser compuesta de gente forzada, sus Jefes no pueden usar de ella más que en ciertas formaciones, temerosos de que se les desbande. Así aquel día, la caballería reaccionaria siempre se presentó en columna, con lo que los nuestros la rodeaban y tiroteaban por todos lados.

Creo que si desde el primer combate los reaccionarios hubieran formado sus guerrillas con sus correspondientes sostenes, atacando decididamente al sable, sin detenerse en tirar, hubiesen derrotado completamente á los nuestros.

Concluida la función, los que habían arrojado al suelo sus tercios de rastrojo, fueron á recogerlos, y volvieron triunfantes al campamento. Todo lo ocurrido en el valle de Etlá fué motivo para que otros sucesos tuvieran lugar en el de Tlacolula.

Aquel día se hallaba de gran guardia al pie del cerro del Carmen, el Batallón de Jamiltepec, que naturalmente no podía ver lo que pasaba en el lado opuesto; pero la algazara, ya de los cerros, ya de la ciudad, había llamado fuertemente la atención de los soldados, que cuando se informaron de lo ocurrido, quisieron ellos también

hacer alguna cosa, y de su propia orden salieron al llano, dirigiéndose á la avanzada de caballería que tenía allí el enemigo.

Grande zozobra causaba el ver aquellos hombres sin formación ninguna, dispersos en la llanura, amagados por la caballería.

Alarmado el General, mandó tocar á replegarse; pero no hicieron caso ninguno de la llamada de la corneta. Entonces mandó que el Mayor General Villasana bajase violentamente á hacer que el batallón se retirase, mas como la distancia que tenía que recorrer era grande, antes de que él llegara podía ser destruido aquel batallón.

El enemigo volvió grupas y comenzó á retirarse al paso, con el fin de que los nuestros avanzasen más en el llano. Estos, sin darse cuenta del lazo que se les tendía, continuaron su desordenada marcha, que cada vez causaba más temor á los que aquello presenciaban.

Repentinamente la caballería se fraccionó en tres grupos que continuaron su retirada, siguiendo la dirección de tres radios que convergían en el punto donde se verificó la separación.

Una catástrofe inevitable iba á tener lugar, y todos los pechos palpitaban al acercarse el momento fatal.

A un toque de clarín los tres grupos dieron media vuelta por cuatro, tomaron el trote, luego el galope, y al toque de degüello se lanzaron á escape sobre la infantería, cruzando el terreno que esta ocupaba en todas direcciones.

Aquello duró lo que un relámpago, y todos creyeron que al retirarse la caballería no se vería en pie un solo soldado.

No fué así por fortuna, y cuando se disipó el polvo que ocultaba la escena, pudieron verse firmes en su puesto á los surianos, y á la caballería tomando nueva posición.

El batallón se había salvado por haber puesto en práctica una costumbre de su tierra, que sorprendió al enemigo. En vez de formar grupos y calar bayoneta que era la única maniobra que podía ejecutar en aquellas circunstancias, los soldados empuñaron el fusil por su mitad con la mano izquierda, para parar los golpes, y sacando

con la derecha el cortante machete, recibieron á los jinetes con tal denuedo, que estos, desconcertados, se replegaron á su posición. ¡Qué cierto es que en la guerra la novedad produce casi siempre la victoria!

Antes que la caballería se repusiera y diese otra carga, sin duda más peligrosa que la primera, había llegado el Coronel Villasana para hacer replegar el batallón; pero es el caso que aquellos hombres, excitados por el deseo de vengar á sus compañeros muertos, se negaban á abandonar aquel funesto sitio. Al fin, aunque con trabajo, hubieron de obedecer, volviendo á su puesto, de donde no debían haber salido.

Unos seis ó siete muertos y unos doce ó quince heridos fueron las desgracias que ocasionó el enemigo en un abrir y cerrar de ojos, y á no ser por la sorpresa que le causaron los machetes surianos, hubieran sido innumerables las víctimas.

Sabido es que los del Sur desde niños usan el machete, en cuyo manejo llegan á ser muy diestros, y consiguen darle tal filo, que es cosa fácil cortar de un tajo un miembro del cuerpo humano.

En aquella refriega parece que algunos soldados enemigos dejaron el brazo junto con el arma que blandían, cosa que les produjo tal impresión, que trataron de terminar el conflicto lo más pronto posible.

Por lo visto, en aquella mañana estuvo desgraciada la caballería de la plaza.

En la noche, á cosa de las diez, rompió la ciudad un fuego vivísimo de cañón y de fusil, que duró cerca de una hora, en todo el frente que veía para el barrio de la Soledad. En vano se quiso averiguar la causa de aquel intempestivo fuego, pues no se halló el más mínimo pretexto. Una falsa alarma, sin duda, dió lugar á aquellos fuegos artificiales que causaron la diversión de los nuestros. No obstante, al siguiente día el Boletín Militar de la plaza daba cuenta de cómo había sido rechazado un furioso asalto, habiendo dejado el enemigo las calles cubiertas de muertos. ¡Así se miente en la guerra!

Otra de aquellas noches, como á la media, se presentó en la barraca del General una comisión de vecinos de Ejutla, solicitando armas y municiones de que carecían, después de haber ocupado el enemigo la población, de haberla incendiado y entregado al saqueo, en venganza de la obstinada y valiente defensa que se le opuso.

El General determinó que se les auxiliase con lo que pedían, y en la misma noche partieron con el armamento y municiones que se les proporcionaron.

A la mañana siguiente se pudo ver en uno de los cerros al Nordeste del valle de Tlacolula, por los fogonazos de fusil, que allí tenía lugar un combate. En efecto, los que habían ocupado á Ejutla persiguieron á sus adversarios, quienes refugiados en las alturas y con las armas que recibieron, se habían propuesto resistir á todo trance; pero la superioridad numérica de los reaccionarios les dió esta vez la victoria.

Volvieron los vencedores á Oaxaca en la tarde del mismo día. Llenos de entusiasmo atravesaron la ciudad, y saliendo por el lado de Santo Domingo, se dirigieron al cerro del Carmen en ademán de atacarlo.

Inmediatamente el General en Jefe hizo avanzar al batallón que mandaba el Coronel Cajiga y comenzó á destacar varias guerrillas que bajaban del cerro á paso redoblado unas en pos de otras; pero hubo de notar con el mayor desagrado que el batallón se presentaba con muy escasa fuerza.

La causa era que muchos soldados, como acaecía con frecuencia, habían bajado al valle de Etlá.

Esto fué causa para que el General, lleno de ira, prorumpiera en imprecaciones furiosas contra los Jefes y Oficiales, de una manera lamentable, que no puedo menos de deplorar.

Era verdad que el caso ocurrido daba motivo para hacer perder la paciencia al más prudente, pero yo hubiera deseado que el General se hubiese podido contener.

A propósito de este suceso confesaré ingenuamente que el señor Rosas Landa tenía el defecto de exaltarse

demasiado cuando reprendía, cosa que le enajenaba las voluntades, ya mal prevenidas en su contra.

Afortunadamente los soldados que faltaron á la llamada, al notar la alarma, fueron llegando poco á poco, en su mayor parte, y formadas nuevas guerrillas bajaron en auxilio de sus compañeros que se batían al pie del cerro.

El Coronel Cajiga que mandaba una fuerza, la ocultó detrás de una capilla, permaneciendo allí hasta que viendo al enemigo bien comprometido, dió vuelta rápidamente al edificio, y atacando á aquel por *el flanco izquierdo*, introdujo el desorden en sus filas, cooperando eficazmente á su derrota, que no se hizo esperar.

Los soldados del Coronel Cajiga se batieron bizarramente persiguiendo al enemigo hasta los suburbios de la ciudad, sin tener que lamentar más que algunos heridos.

El enemigo retiró del campo varios muertos que se vieron perfectamente desde la falda del cerro donde se hallaba el General.

Antes de anoecer, el batallón volvía á su campamento muy ufano de haber derrotado una vez más á los reaccionarios.

En este tiempo ya habían bajado algunas tropas al Marquesado, y ocuparon las iglesias de la Soledad y el Calvario.

Comenzó el General á disponer lo necesario con el fin de dar principio á las operaciones en la ciudad, y para dejar asegurados los cerros, ordenó que se concluyeran los fortines de la Soledad de Morelos y que se construyese un tercero en el cerro del Carmen.

Estas disposiciones fueron recibidas con el mayor desagrado, y casi se negaron á obedecerlas; pero el General manifestó resueltamente que si no quedaban asegurados los cerros no bajaría de ninguna manera á la ciudad.

Esta resolución hizo que comenzaran los trabajos, y en pocos días se hallaron los fortines en regular estado.

Los de la Soledad y Morelos se hicieron de sacos á tierra y el del Carmen se formó con vigas.

Este fortín se construyó por los indígenas de Ejutla, que condujeron el material en un paso angosto que une los cerros de Morelos y el Carmen, dándole á todo su perímetro un trazo de dientes de sierra y un relieve conveniente, para hacerlo imponente visto de lejos.

En seguida se pensó en levantar parapetos en la línea de ataque que se había proyectado; pero se tropezó con el inconveniente de que no había materiales para su construcción. Fué necesario que el Gobernador proporcionase costalera, que hizo venir de lejos, ocasionando esto nuevas demoras.

Entre tanto, los centinelas avanzados de caballería que el enemigo mantenía en el llano, habían dado en pasarse á nuestro campo, á la luz del día, y con ellos había formado el General su escolta.

Un día mandó avisar el capitán Villarreal que á la siguiente mañana se pasaría montado y armado. En efecto, al otro día, como á las siete, lo vimos salir de la ciudad y dirigirse al pie del cerro. Cuando comenzó á subir, varios soldados salieron á su encuentro para defenderlo si era perseguido.

Había dicho que venía á tirotearnos y á hacer *santiguitos*, y lo dejaron los suyos pasar la línea.

Por fin, comenzaron los trabajos en la ciudad. Nuestro frente de ataque comprendía cuatro manzanas. La de la izquierda era la cabeza de la hilera de manzanas que corre al lado Norte de San Felipe; la inmediata al Sur correspondía á las que iban á terminar á la dicha iglesia; la que seguía por el mismo rumbo, corría por él al lado del convento; y la última que terminaba la línea por la derecha, era la cabeza de la hilera de manzanas que llegaba á la Concepción. Véanse en el croquis las cuatro líneas rojas que indican la marcha del ataque.

El General, queriendo utilizar cuantos elementos estuvieran á su alcance, ordenó que todos los particulares que se hallaban en el campo formasen un batallón, que se denominó del Marquesado, y dió el mando de él al

Coronel Carbó. Se le proveyó de armamento y se le uniformó con blusas coloradas.

Con este batallón, que tenía muy buen personal, y con una compañía que llegó de Juchitán al mando de un tal Ché Pedro, la división subió á cerca de tres mil hombres.

Como esta fuerza, aun sin descontar la caballería, no era bastante para formar la línea de contravalación para encerrar á la guarnición de la plaza, era preciso circunscribirse á un frente de ataque, á condición de asegurar los flancos cuanto fuese posible y conservar á todo trance los cerros que debían formar la base y punto de apoyo del ataque.

Con este objeto quedarían guarnecidos los fortines, cada uno con cien infantes y un obús de montaña, fuerza absolutamente indispensable para resistir mientras se le podía auxiliar.

Para esto y también con el fin de cubrir la espalda de la línea de ataque de la ciudad, quedarían en el Marquesado el batallón de Jamiltepec, la compañía de Juchitán y la caballería.

Como la parte de los cerros que ve á Occidente, por donde teníamos que bajar al Marquesado, es en extremo escarpada y no tiene más que veredas, para poder bajar la artillería de batalla, fué necesario construir tres narrias donde se colocaron las piezas que arrastraron los soldados, y desarmadas las cureñas, que se bajaron á brazo, pudo ejecutarse la operación fácilmente.

Descontando, pues, la caballería, la guarnición de los cerros y la reserva que debía quedar en el Marquesado, quedaban cerca de dos mil hombres para el ataque, los que fraccionados en cuatro columnas de á quinientos, debían de avanzar por horadaciones por las cuatro hileras de manzanas de que ya se ha hablado.

Es necesario tener presente que estas columnas tenían que debilitarse á proporción que avanzaban, porque era indispensable que dejaran aseguradas sus espaldas, fortificando y guarneciendo las manzanas que fueran ocupando, sin omitir las alturas; de lo que tenía que resultar forzosamente que al llegar á la línea enemiga, lo verifi-

carían con la mitad de su fuerza. Por esta causa no podían aumentarse los puntos de ataque. Además, comprometidas las columnas en un ataque general, cada una de ellas debía separar una fuerza que le sirviera de sostén, tanto para reforzarlas y apoyarlas si el ataque tenía buen éxito, como para sostenerlas en caso contrario.

También debían nombrarse dos fuertes destacamentos para situarse convenientemente á los extremos de la línea de ataque, con el fin de evitar que las tropas empuñadas se viesen acometidas por los flancos, por alguna salida de la plaza.

El plan que se adoptó fué el siguiente:

Se amagaría á San Felipe, envolviéndolo por el lado del Norte y amenazándolo de frente, para distraer la atención del enemigo, mientras se dirigía un verdadero ataque sobre la Concepción.

No se pensó en atacar seriamente á San Felipe, porque después de los esfuerzos y sacrificios que hubiera costado su conquista, nos habríamos quedado fuera del recinto fortificado, teniendo que hacer nuevos esfuerzos y nuevos sacrificios para penetrar en él.

Es verdad que la Concepción era muy fuerte; pero formaba un ángulo saliente del perímetro, circunstancia favorable para el ataque, y una vez tomada, nos hallaríamos dentro de la ciudad, y San Felipe sería abandonado por el enemigo. Puede comprenderse cuán difícil de resolver era el problema del ataque de Oaxaca en las condiciones con que tenía que verificarse, contando con una guarnición tan numerosa ó acaso más que los que atacaban; teniendo libre para sus salidas las tres cuartas partes de su recinto, por donde recibía toda clase de auxilios y recursos, pudiendo disponer de suficiente caballería y de artillería de batalla con que poder atacarnos por los flancos y aun por la retaguardia en un momento dado.

Si hubiéramos contado con fuerza bastante para sitiar formalmente la guarnición y con la artillería muy indispensable, aun cuando hubiese sido de batalla, la caída de Oaxaca se habría verificado infaliblemente; mas con los elementos con que contábamos, su resistencia podía

prolongarse todo el tiempo que el Jefe que mandaba en ella lo juzgase conveniente.

Veamos como se expresa el Capitán francés Mr. Niox, ya citado, en su libro "Expedición de México," hablando del sitio de Oaxaca puesto por Bazaine, (pág. 448).

"Habiendo llegado los convoyes de víveres y municiones á fines del mes de Enero, el Mariscal disponía de

4,000 hombres de infantería.
200 zapadores ingenieros.
500 caballos.
800 artilleros.

5,500 hombres. Además:
500 hombres de Administración.
300 caballos auxiliares.
100 Exploradores voluntarios.
100 próximamente, de una sección de Ingenieros auxiliares y una media sección de artillería."

6,500 Total.

Lo que hace un total de 6,500 hombres, ó de 6,000 solamente, rebajando los hombres de la Administración.

Estos 6,000 hombres no eran suficientes para poner el sitio, según lo que dice Niox en la página 446.

"Para suplir la insuficiencia del cuerpo de sitio, el Mariscal ordenó que cada pequeño puesto se cubriera con obras de campaña, de manera que pudieran sostener durante algún tiempo el esfuerzo de una tropa superior."

Cierto es que hay que tener en cuenta que la línea de contravalación de los franceses debía tener un desarrollo mucho mayor que la nuestra, por impedir su aproximación los fuertes de los cerros por aquella parte; pero también se ve que esa línea debía tener grandes soluciones de continuidad que se suplían por medio de fortificaciones.